

A OPOSICIÓN DIVIDIDA, GANANCIA DEL PRI

Al concluir el histórico primer debate público entre los principales candidatos a la presidencia, surgió la interrogante: ¿estamos o no, ante el principio del fin del sistema político cuya característica central es el monopolio del poder desde hace 65 años? No hay respuesta clara a la pregunta, sin embargo, después del 12 de mayo algo es más evidente que antes: el sistema político tradicional puede seguir un tiempo más, pero ya no tiene la viabilidad histórica.

Independientemente de nuestras preferencias personales y de la calidad de las razones (o falta de), es un hecho -las encuestas de *El Norte* y *Reforma*, por ejemplo, así lo demuestran-, que ante la opinión pública, el debate lo ganó la oposición de centroderecha: el PAN. Por otro lado, a los ojos de los espectadores, quien sufrió el castigo más espectacular, fue la oposición de centroizquierda: el PRD. Sin embargo, en el proceso de más largo plazo y de mayor profundidad -ese que podemos identificar con el desmantelamiento paulatino del autoritarismo postrevolucionario-, quien perdió el terreno más valioso, por irrecuperable, fue el partido de Estado, el monopolizador histórico del poder.

Las grandes virtudes del debate entre los candidatos a ocupar la posición central del sistema político mexicano, fueron, por lo menos, dos. Primero el haber nivelado, aunque fuera por sólo un momento, el terreno de la competencia entre el poder y la oposición. Nunca antes

se había dado una situación de esta naturaleza en el proceso electoral mexicano moderno. Segundo, el debate implicó llevar la política directamente a los hogares y dar la última palabra a los millones y millones de mexicanos que desde ahí lo siguieron. Por 90 minutos, la política real -donde se deciden cosas- dejó de ser un asunto de los pocos. Televisa, el candidato del PRI, Fidel Velázquez o la cúpula empresarial -Lorenzo Zambrano (Cemex), Jorge Lankenau (Abaco), Othon Ruiz (Visa)-, declararon lo esperado: Ernesto Zedillo fue el triunfador, pero en las nuevas circunstancias ese juicio resultó un mero intento de tapar el sol con dedo.

Para sobrevivir y prosperar, el sistema político mexicano creado en 1929, requirió que la política se mantuviera como un asunto permanentemente reservado a una élite burocrática, corporativa y autoesignada, sin permitir que el electorado influyera en la gran decisión de quien debía gobernar. La desmovilización permanente de la ciudadanía, se convirtió en requisito *sine qua non* para mantener el control absoluto del proceso de toma de decisiones en los corredores del palacio presidencial. El haber abierto la posibilidad de convertir la cultura del debate en una característica de la política mexicana, es, en el mediano plazo, un fuerte golpe al autoritarismo. La aceptación del debate público entre el poder y su oposición fue presentada como una graciosa concesión de los candidatos del PRI, pero en realidad fue el de hacer una necesidad, una virtud. Es cierto que Colosio primero y Zedillo después, invitaron al debate a sus rivales, pero lo hicieron forzados por las circunstancias, porque ya

no lo podían rehuir olímpicamente, como lo hizo Carlos Salinas en 1988. Seguir como antes, hubiera hecho más evidente la falta de modernidad de un sistema político cuyo gobierno se enorgullece de ser miembro del TLC o de la OCDE. El abrir la puerta a los debates públicos entre gobierno y oposición en igualdad de circunstancias, es acelerar la politización en México; es dar papel activo a los que hasta ahora habían sido, básicamente, objetos de la política; es acrecentar los deseos de participación de los excluidos y de dar más aliento a la vieja demanda del "sufragio efectivo". Despertar fuerzas por medio del debate y luego pretender devolverlas a su situación original es, como señala Alberto Aziz (*La Jornada*, 17 de mayo), una receta para el desastre.

Juzgado en sus propios términos o comparado con lo ocurrido en otros países, el debate del día 12 fue bastante superficial, poco memorable. O se dijo prácticamente nada sustantivo ni nuevo. Fue más importante el como se dio que lo que realmente se dijo. El debate recreó una vez más, el choque entre PAN y PRD, pero -y en esto reside su importancia- también permitió a millones de mexicanos presenciar un espectáculo insólito y, ese sí, histórico: ver en vivo y en directo, la derrota a manos del jefe panista, del portaestandarte del "Gran Partido"; del partido cuyo líder nunca antes había tenido que aceptar derrota en lugar alguno. El 12 de mayo debió quebrar en muchos una vieja idea, un mito genial: la invencibilidad del PRI, la posibilidad de alternativa. Si en el debate alguien -el líder del PAN- pudo imponerse fácilmente sobre el ungido -el mejor de todos los

priístas (¿de qué otra manera se explica que sea él candidato?)- entonces resulta que también es posible que alguien se le imponga a la hora de la verdad: a la hora de Las urnas.

El debate, pues resultó ser un salto cualitativo en la forma de hacer política en México: fue el equivalente al fin de siglo, del anuncio que Porfirio Díaz hizo a través de James Creeelman en 1908: desde Las altas torres de una televisión cuasigubernamental, se anunció implícitamente que en México ya está listo para la democracia, que el poder debe de ir al que lo gane, y no simplemente al que el presidente designe como su heredero.

El momento cumbre de la transición mexicana llegará cuando se produzca la alternativa de partidos en el poder. Sin embargo, quizá ese momento histórico no vaya a ocurrir en 1994, inclusive si se diera una circunstancia inédita en nuestra historia: el conteo escrupuloso de los votos tras una elección competida. Y la razón se encuentra en la profunda división que existe entre Las dos grandes fuerzas opositoras, como ya claramente se vio el pasado día 12. En efecto, el PAN no reservó esa noche el ataque más duro al enemigo más fuerte -el PRI- sino para su compañero en el penoso viaje por los caminos de la oposición: para Cuauhtémoc Cárdenas. Frente a tales ataques, sonó mero deseo -"*wishful thinking*"- y fuera de lugar, la oferta dell líder perredista al panista para unir fuerzas y abrir Las puertas de la democracia.

En Chile, la oposición fue buscando puntos de unidad para enfrentarse al proyecto de continuidad del dictador Augusto Pinochet.

En agosto de 1984, y con el aval de la iglesia católica, once partidos de derecha y de centro firmaron un acuerdo demandando elecciones libres. La unión de los opositores se volvió a dar en el referéndum de octubre de 1988, donde se rechazó un nuevo término presidencial de ocho años para Pinochet y se abrieron las posibilidades de elecciones democráticas a fines de 1989 y del retorno a la democracia.

En México, es prácticamente imposible transitar a la democracia por vía como la española o la chilena. Está claro que aquí la oposición de derecha considera más importante impedir el acceso a la oposición de izquierda, que acabar con el sistema de partido de Estado. En buena medida las razones de esa actitud del PAN son históricas: ese partido nació en septiembre de 1939 justamente como reacción a las políticas del presidente Lázaro Cárdenas. Al PAN le sigue interesando lograr la democracia, pero no a costa de un triunfo del otro Cárdenas, heredero de su enemigo histórico.

Por otro lado el neoliberalismo salinista abrió un amplio campo de coincidencias en los proyectos del PRI y del PAN, pues en realidad los panistas habían sido neoliberales por medio siglo y el liderazgo del PRI se les unió a mediados de los ochenta. Esa conversión del PRI al neoliberalismo, le permitió al PAN ocupar una posición entre el PRI y el PRD, y desde ese centro negociar con un gobierno urgido de apoyos que le permitieran superar la mala imagen del triunfo increíble de 1988. Fue así como el PAN logró ser la segunda fuerza en el Congreso, consiguió que el PRI no le escamoteara dos gubernaturas

en el norte ni un buen número de presidencias municipales. Los panistas vieron como se modificaba en el sentido que ellos demandaban, artículos constitucionales tan importantes, como los que rigen la propiedad de la tierra o la relación iglesia-Estado. El PAN también ganó puntos en Las tres reformas salinistas a la legislación electoral, logró que el poder presidencial hiciera renunciar a un gobernador y a un presidente municipal formalmente electos, para poner en su lugar a un panista que no había contenido en la elección (Guanajuato) y a otro que formalmente había perdido (Mérida). Finalmente, un procurador general de la República que ordenó el arresto de un subprocurador panista por supuestas ligas con narcotraficantes (Baja California), fue empujado hacia la Suprema Corte, para no crear problemas innecesarios con el PAN. Con un enemigo así, el PAN puede esperar.

La unificación temporal de los contrarios para dar la batalla final contra el autoritarismo, no es indispensable para inaugurar la democracia. Ahí está el caso de Sudáfrica. No obstante que toda la comunidad negra sufría de explotación y la discriminación de minoría blanca, el partido zulú inkatha combatió con mayor fiereza a otros negros -al partido del Congreso Nacional Africano (CNA)-, que a los blancos. Finalmente, Nelson Mandela y el CNA consiguieron los votos para imponerse, pero no es claro que aquí el PAN o el PRD, por sí mismos puedan lograr lo que el CNA consiguió en Sudáfrica.

Es posible que el 21 de agosto, y gracias a una oposición dividida, el PRI pueda mantenerse en el poder hasta el año 2000,

pero desde ahora se puede asegurar que no podrá hacerlo en las circunstancias del pasado. La impunidad y la corrupción tradicionales tendrán límites más estrechos. Sin embargo, aún tendremos que aguardar a la alternancia para tener la certeza que terminó con éxito nuestro largo tránsito a la democracia.